

4-9-87

12

J. GARZÓN

(Aros.)

SINCERIDAD

(FRAGMENTOS DE UN DISCURSO)



GRANADA

—
IMPRENTA DE «LA ALIANZA»

1896

BIBLIOTECA HOSPITALARIA
GRANADA

Sala:

C

Estante:

00

Número:

004

172

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21

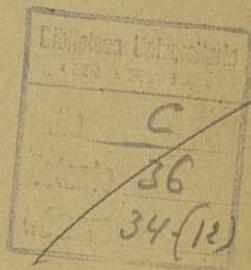
R. 22099

J. GARZÓN

(Aros.)

SINCERIDAD

(FRAGMENTOS DE UN DISCURSO)



Donado á la Biblioteca Universitaria
de GRANADA por
Franc^o L. Hidalgo Rodriguez

GRANADA

—
IMPRENTA DE «LA ALIANZA»
1896



BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

C

Estante:

002

Exemplar:

004 (12)

R. 22599

J. GARZÓN

(Aros.)

SINCERIDAD

(FRAGMENTOS DE UN DISCURSO)



Donado á la Biblioteca Universitaria
de GRANADA por
Franc^{co} L. Hidalgo Rodriguez

GRANADA

—
IMPRESA DE «LA ALIANZA»
1896



134.7

Al Sr. D. M. Pérez-Petinto y Corta.
(Allama.)

QUERIDO MANUEL:

Hace media hora me encontraba en las *altaras teatrales*, viendo representar la hermosa zarzuela intitulada *Las hijas de Eva*.

Son las doce de la noche. Estoy en mi habitación. Próxima la pluma, cerca el tintero y tocando algunas *cuartillas* que tristes esperan turno para ser manchadas. Todo descansa sobre la mesa que á modo de campo de pelea, me incita á... escribir.

Y, fija en mi mente «las hijas de Eva lo pueden todo,» pensamiento de la mencionada obra, empiezo á emborronar papeles.

Resultarán unas cuantas páginas faltas de orden y destituidas de belleza...

¿Y cómo hacer, lo que nadie ha de aceptar? y, ¿cómo invertir una ó más horas de trabajo en *artículo* que nadie ha de leer? y, ¿cómo dar comienzo al desarrollo (?) las hijas de Eva lo pueden todo, si después de terminado nadie querrá conocerlo? ¡Para las hijas del pensamiento no hay inclusiones! y, por eso, cómo lanzar á la calle las líneas que resulten sin contar con persona que las reciba entre sus papeles, les preste abrigo con

el recuerdo, librándoles, en fin, de una muerte segura y sin gloria (!) en establecimientos

«para envolver los dátiles y el queso.»

Manuel, tú eres la persona. Acepta el resultado que, si por raro fenómeno bueno fuera, más merece el insigne autor de *Claveles y Azucenas*, y, si malo, nuevo favor creará haber recibido tu mejor amigo,

J. Garzon.

Granada 9 Diciembre (12^a noche) 1896.



mismo en la savia que circula, que en los deseos malévolos.

.
. Aplausos á mis palabras, críticos juicios encomiando mis creaciones, laurel ciñendo mis sienes, indicios ciertos han sido del valor que encontraron en mis obras. Entonces empezó á condenarme el juez interior, mas hoy al elegirme la Academia, al llamarme para unir mis trabajos estériles y desvelos sin fruto á nuestras lucidas labores y provechosas vigili-
as, mi organismo se conmueve, mi alma toda se despedaza y mi corazón engendra lágrimas ante la voz de mi conciencia. Si hoy aquí llegase leyéndoos trabajos literarios que no son míos, si aquí llegara con nuevas estrofas y canciones, si al llamamiento generoso respondiera con un engaño más al presentaros puntos científicos ó temas de arte, para unir nuevas victorias á las que no me pertenecen, sería un demente, y, quien sabe si lejos de encontrar fama y renombre serviríame este recinto de zarcófago y vosotros heraldos tristes que anunciárais mi muerte. Muerte cuyo misterio ó causa ocasional en vano buscarían expertos facultativos rasgando mi cuerpo... Al morir era víctima de la conciencia, y esta no se tritura ni se toca, nadie fuera del individuo escucha sus gritos.

Grande es la distinción que recibo, y, guardando perfecta ecuación con esta gloria, es el dolor que ahoga mi garganta. ¿Por qué me llamáis? ¿Por qué abris las puertas de este templo cuyo altar es la «Palabra» y cuyos sacerdotes son los poetas con sus endechas, los oradores con sus hermosos periodos, los artistas y los sabios en fin, que postrados de hinojos ofrecen sublimes oblacones, seres privilegiados que aquí dejan escapar entre espirales de frases mundos de luz y de armonía? ¿Por qué solicitáis inscribir mi nombre al lado de tantos doctos varones como por aquí pasaron, los que con sus extraordinarias facultades dieron timbres purísimos á este alcázar y páginas de oro á vuestra brillante historia? ¿Por qué pedís mi concurso y hasta con fruición jamás poseída me sentáis á vuestro lado? ¿Por qué entre tanta luz, tanto pensador distinguido, tanto ángel, lugar

ofrecéis á quien es obscuridad, pobre de razón y casi vestiglo? ¿Por qué existiendo otros que con mejor acierto y resultado trabajan pulimentando el habla de Cervantes, me hacéis el es cogido? ¿Por qué llamarme?

No es virtud la que aquí me conduce, no es valor, no es heroísmo, no es haber descollado en ciencia ó santidad; me llamáis por mis obras, por mis versos, por el hermoso ropaje con que presenté leyendas y tradiciones; por el color que supe dar á tipos y escenas, por la realidad unas veces, por la rica fantasía otras, de argumentos y fábulas inocentes, exhibidos con hermosos albores, ó trágicas creaciones llenas de negros matices, por la armonía rítmica de mis versos ó la sonoridad de mi prosa. ¿Llamáisme por mis obras? ¿Creéis que yo las hice?, ¿que yo di el color á «Tardes de amores,» fingí «Nubarrones,» que combiné aquellas patéticas luchas y aquellas victorias de la virtud contra el vicio, del puro amor contra interés mezquino en «Los héroes morales,» creís que levanté solo aquella voluntad acerada, aquel firme baluarte necesarios en la vida, como dijo la crítica, del Don Juan en «Amores,» acaso juzgáis como engendro de mi fantasía, dibujo y colorido, lugares y figuras en «Cantos de Rosa,» creís que al mirar al cielo pude trazar «Verdad,» ó al correr por la tierra dar al mundo literario «Realidades,» sirviendo esta de fiel imagen de los que sufren, lloran y luchan; creís que mi exclusiva inteligencia inquiriendo ó aprendiendo, coloreando mi imaginación y uniendo con ese lazo misterioso, cual genio y artista, personajes y cosas, pude dar cima al pedestal que con mis obras héme labrado, según alguien ha dicho...? Si todo lo afirmáis, si haber leído mis obras, si después de examinar atentamente cuantas poesías pregonan con insólito clamor mi nombre de poeta y digno lo apreciáis para ser académico, yo acato y bendigo esa resolución. Mas si dignos son los trabajos, sólo yo igualmente...? ¡No! señores. Y aquí empieza á perorar mi conciencia, aquí principian á disiparse tantas negruras é inquietudes! Buscáis al autor del «Poema universal» y «Cantos de Rosa,» pues buscadle... yo no soy.

A lo sumo seré el pendolista, el cuerpo que al ser herido por otro manifiesta fatalmente las emociones que recibe. Y como al caer el pesado cuerpo sobre el lago produce círculos, círculos que si se recrean su contemplación, no los engendra el líquido, y si la piedra que mueve, sus infinitas gotas, y como al dejar la simiente sobre el surco y convertirse después en flores y frutos, no todo es del grano pues necesitó mil sustancias que le alimentara, y como al resbalar por entre gasas blancas y azules pedazos el globo melancólico de la noche exparciendo sus rayos sobre la tierra, no es luz ni hermosura que produce solo. Así yo, si era limpia lámina, no esitaba rayos que reflejar, si lago cristalino, necesitaba viento que agitase la superficie y producir ondas, espumas, cambiantes, bellezas! si en mí radicaba el principio ó germen era preciso abrigo, calor, fuerza y sosten donde arraigarse y poder manifestar de modo armónico y viril lo que en mí si estaba, era pequeño, incoloro, deforme...

Luz, astro radiante, sol de mi espíritu, musa y estibo de cuanto mereció aplausos, alabanzas, admiración y hasta verme aclamado por pueblos enteros ayer, y hoy hallar sitio entre vosotros; causa de todo ha sido una musa, no de las que mil veces hallaron bardos y mitologistas, fué una ¡¡mujer!!

Yo era antes de amar el trabajo, el ser que nace llevando por condena, el odio á la vida, siendo impassible á los jugueteos del niño y á las angustias del enfermo; mezcía de alma con soñolientas y oscuras facultades, y cuerpo arrastrándose igual por cienos que por tierras esmaltadas de flores; insensible á duelos y júvilos, hallando igual el alud que se desprende y el hombre que cae; el ¡Cielo! bóveda azul sin despertar deseos por conccerle; advertía la muerte en la estupidez de mi espíritu y en la amarilléz del semblante; era un alma muerta encerrada en cuerpo que paulatinamente iba perdiendo fuerza y calor; procuraba la total pérdida de mi existencia con mayor ansia que solicita el fatigado caminante lugar donde descansar; si sonría era viendo cercana la muerte, y si alguna vez gocé fué teniendo próximo cosas ó momentos temidos por todos; andaba

sin rumbo, sin dirección por entre las revueltas del mundo y por entre las malezas del vicio.

Virtud, poesía, belleza, Dios, abnegación, martirio, ¿qué era todo esto? «Palabras, palabras, palabras.» Si á mis oídos llegaron voces de seres virtuosos, de criaturas deslumbradas ante la contemplación de físicas bellezas ó sublimidades humanas; si tocó mi frente la soberbia de muchos y la caridad de algunos, igual efecto producía humildad y altivez, soberbia y amor á nuestros semejantes; me hablaban de heroísmo y creía ser hombres, acciones de otros mundos é incomprensibles; decíanme «cadencia,» ritmo, ¡poesía! y no encontraba ni deleite ni cabal explicación de que fuera ¡Ah, señores! cuán grandes aflicciones, cuán terribles angustias me atormentaban. Tormento más horrible que el sentido por una madre al arrancarle su hijo, más dolor que sentir puede el cuerpo al ser herido; porque en la madre si mucha es su pena y dolo, conoce quien es su hijo y quien el verdugo; si derramamos sangre y aun siendo intenso el martirio conocerse puede la mano homicida, mientras yo sufría ignorando la enfermedad; corrían las lágrimas por mis mejillas como ruedan las gotas en inclinados planos, sin saber qué son y porqué resbalan; gemía desconociendo la presión, dudaba... ignorándolo todo; seguíanme tristes recuerdos, enloqueciendo mi mente figuras que nunca ví. ¿Dónde estaba la causa? ¿dónde el hado infernal? ¿dónde el tirano para luchar desesperadamente y tener el consuelo sino de hacerle cesar, desaparecer ó dar muerte, regocijarme, aunque sean instantes de fuera,—decía yo,—con maldecir el nombre!

¿Dónde iba? ¡Quien podía saberlo! Donde va el que encuentra igual virtud y vicio, ingentes colores y triste capús? ¿Dónde iba, juzgando idénticas la mancha del lodo que hoyamos, y el negro vapor que empaña el alma, vapor producido por las acciones? ¿Dónde estaba... mi fin, dónde el círculo de mis facultades, donde el lienzo ó papel en que dejar estampado las sinietras ideas de mi razón, donde el ideal de fuego, esperanza y fama, que encendiera mi voluntad, avivase mi inteligencia

haciéndome ansiar laureles, nimbos de glorias? ¿Dónde estaba todo? ¡entonces no lo sabía! Inútil el consejo, inútil hubiera sido el estudio, estériles cuantas pruebas hubieran querido some-
terme.

.....
Nací... el arroyo sirvióme de cuna, el cielo de techumbre
Caridad de alguien, cuidó mi existencia primera... y después
rodé por el mundo. Desconocía mi pasado, no supe quien fue-
ron mis padres, y helada el alma, caminé hasta que una ¡mujer!
dióme vida moral, nobles anhelos, y... allá en lontananza vi
dibujarse la gloria creyendo escuchar canciones entonadas en
mi loa.

¡Ella hízome despertar! Con sus frases sentí arder la inspi-
ración, sus ojos me hicieron creer en la existencia de otros
mundos y brillantes soles, sus promesas acompañadas de lágrima-
s en la posibilidad de algo sobrenatural y eterno; su pelo
negro contrastando con lo albo del rostro, en lo próximo que
se hallan en la vida las blancuras de la virtud y las negruras
criminosas; su frente limpia acreditaba la inmaculada pureza
de ideas nobles, su rostro sereno y sonrosado, hablábame de
una conciencia sin gritos, de un alma perfecta que adquiriría
grandeza al manifestarse en sus labios con la palabra, caridad
al mover sus manos socorriendo al menesteroso y levantando
al desvalido. Su cuerpo esbulto me habló de «escultura» y com-
prendí á Fidias, sus dedos corriendo por las cuerdas del arpa,
en la existencia de la música, admirando á Donizetti y Mozart;
sus canciones armoniosas llenáronme de bellas ilusiones, dulces
esperanzas y comprendí (!) la «Poesía.» Ella hizo arder en mi
pecho esa llama celestial cuyo calor todo lo purifica y cuya luz
todo lo sublima y ennoblece; ella impulsó mi mente, fortaleció
mi voluntad y ella con la majestad de vírgen sobre el ara me
dijo: ¡¡Hay Dios!! En su cuerpo vi el mundo con sus artistas; á
través de su alma creí y adoré á Dios.

.....
Sería... quizá un genio, pero genio dormido.

«Y una voz como Lázaro, espera que le diga: ¡Levántate y anda! Ella dió la voz, oíla y... anduve. Anduve siguiendo sus pasos, marché pausadamente en unos lugares, velozmente en otros; si corría dábame impulso, si luchaba ella me revestía con noble ardor asegurando la victoria. Levántese—dije—el mundo, ante mí póngame el hombre suma del valor de todos los espartanos, con él licho... nada me infunde temor; desafíe el cielo con sus colores á los Rubens, Miguel Angellos y Tizianos, las fuentes con sus cadencias y armonías á Garcí-Lasos, Polos y Riojas; los bosque sirviendo de cuerdas y las aves dejando escapar sus arpejos y sus cantos, pretendan adelantar á las sinfonías de Rossinis, Thomas y Beethoven; si estos genios salian vencidos, nunca yo Mis versos habían de tener más luz que la desparradama en los espacios, más perfecta é ideal rítmica que al jugar saltadores con las luces y arroyos con la arena; ecos más ideales, trinos más armoniosos que las notas y coros de ruiseñores y alondras; inspirábame una mujer cuya belleza excedía á las físicas hermosuras, artista cuyo estro poderoso, aventajaba al espíritu soñador de Listz ó al reformista de Scarlatti; angel cuyos consejos, reflexiones y promesas representaban para mí, más heroísmo que el de todos los mártires de la cristiana Religión y con mayor ciencia que todos los Padres de la Iglesia. Mujer que me ampara, artista que me educa y angel que me eleva al cielo donde brillan los Homeros, fulgulan Shakespeare, Lope y Chiller, y eternamente relampaguean los civilizadores de la humana sociedad y propulsores del progreso.

.....

No todas las poesías que llevan mi nombre,—ha dicho la crítica,—son iguales. ¡Ah! y cómo han de serlo? Distintas, es verdad. En unas campea el estudio, el análisis, la observación, en otras el vestido, la fantasía; en unas se descubre más colorido que dibujo; en unas revélase el hombre conocedor del mundo, en otras el idealista que solo advierte cielos sin nubes, grandezas sin momento de pequeñez, héroes... desde el primer in-

dicio de vida, aquí se visiumbran espíritus soñadores, almas que vuelan tras purísimos ideales como en «Luchadores;» y, allí se notan seres ambiciosos, hombres con sed de crímenes, hombres pegados á la tierra como en «Hijos de Luzbel.»

Un día escuché de esa mujer, luz de mi inteligencia, un juramento. Juramento que, supuse no podría romper todas las iras humanas, juntas con las conmociones físicas más fuertes y duraderas.

Día en que tal fué mi ventura, tal el gozo, tal mi egoísmo, que, juzgue el firmamento por exclusivo dosel, y por pedestal el mundo... Escribí... y qué me importaba la realidad del papel, qué las «voces» tristes, que cual huesos sabe guardar con brazos de hierro el Diccionario, esperando la mano que les toque, combine y produzca esculturales cuerpos?

(!)... Escribí bañado en dulces ilusiones concebidas al escucharle. Escribí produciendo «Esperanzas,» obra esta—dijeron—cuyo autor adelanta á Píndaro, por la elevación que en sus versos compea, por el color á Virgilio, y por el armónico conjunto al primer lírico, á Horacio. ¿Qué valen odas, eneíadas, ante «Esperanzas?»

.....

«No comprendemos los cambios tan bruscos que se observan de una á otra obra del autor de Esperanzas; no acertamos á descubrir como la razón fría y calculadora advertida en «Quiéndo» puede animarse tanto en «Esperanzas.»

.....

No son mías las obras os he dicho, y para justificar, sentada esta afirmación, esa falta de unidad, para cohonestar esas tendencias idealistas ó de realismo que, apreciarse pueden en mis escritos, añadiré que según la fuerza, según el brio, según fui accendiendo por la escala que ella me presentó, así fueron los resultados. Ella era el *sol*, yo el astro que en derredor gira y, según el calor y la luz que recibía, obraba, presentando fases distintas. ¡Fases distintas!... y cómo no habian de serlo también mis poesías?

Esta diversidad os comprobará mi principal y único aserto; ella fué la mente poderosa que penaba, yo la mano que escribía; ella la que ofreció gloria al artista, yo el que daba forma: arbol que esparce ambrosia, alondra que canta ella, y yo alfarero, haciendo vasos ó libros para conservar flores ó pensamientos, y mísero copista de notas y cantos; antorcha radiante y luminosa ella, y yo espejo sucio y resquebrajado reflejando algunos rayos en esos libros, en esos cantares: creaciones que si hermosas las han llamado bella fué quien las hizo, y si sublimes mayor sublimidad revela la que supo levantar al que yacía en un abismo.

En la universal historia podeis hallar gloriosas victorias, esforzados adalides del progreso, mártires de progamas levantados como Sovaronola y Lincoln; artistas, guerreros, sabios y hasta seres cuyo pedestal está formado de virtuosos actos; los cuales victorias, ideales y figuras si se obtuvieron, aspiraron y se destacan entre fondos brillantes, una mujer ejerció influencia en la pujanza de guerreros, y en las grandes concepciones.

Arrastrándose el hombre por inmundos lodazales como un Enrique VIII, utilizando poderosa inteligencia para oscurecer creencias nobles y antiguas como Lutero afirmando que santa es la pasión carnal é inútil el Sacramento del matrimonio, erigiéndose el ser humano sobre montones de cadáveres como Napoleón en Jena y Austerlitz, siempre hallareis á través de esas espesuras y por entre los desórdes y torrentes de sangre vertida, anhelos de gloria, impulsos generosos de creyente mujeres asiendo banderas blancas, banderas de paz y adelanto. *Nunca* faltarán verdugos, nunca desaparecerán de la mundanal escena detractores sistemáticos de la ciencia y del arte; pero siempre enfrente de esos perversos espíritus descubriréis seres todo abnegación y sufrimiento, en frente de esos déspotas endiosados envueltos entre tinieblas, notareis fementitos espíritus sin ambición personal, despidiendo hermosas claridades bastantes á disipar espesas tenebrosidades y bañar en torrentes

de luz mil pensamientos!.. Véase en la historia á María corre-dentora del humano linaje, á Santa Elena, ayudando al gran Constantino á colocar la cruz sobre la espada y sobre diademas de reyes y sobre las cúpulas más altas de señoriales palacios; á Egilona ejerciendo influencia sobre el pueblo invasor y logrando que los cristianos pudiesen acudir á sus templos sin temores ni sangrientas persecuciones; á Colón ayudado por Felipa de Pallatrello y creer con el insigne genovés en la existencia del Mundo Nuevo; Guttemberg, estampando el nombre de Anita como primera página. pristine idea del cerebro de hierro, la imprenta, su invento; Hernán Cortés colonizando seguido de Marina; Margarita Chardón colaborando con su compañero Ancelet; el Dante con Beatrice. Y... á ¿qué seguir? si es, un hecho constante, eterno, comprobado por tantos genios, el que, la «mujer» influyó notablemente en acontecimientos, en glorias y en hombres de tan portentosa inteligencia como Voltaire ó de imaginación tan viva como Petrarca.

Nada inspira complacencia mayor, gozo más inefable que el amor; ¡amor! que llena siempre el alma de la mujer. Y «la historia de la humanidad no es otra cosa que una serie de frases de amor.» Historia que si presenta abatimientos y victorias, páginas escritas con sangre y páginas sembradas de luz tan vivísima y radiante como claror de genios y llamas de la virtud, aun faltan las mejores, aún no aparecen con ser tantas las que dejaron ilustres mujeres, faltan, repetimos, las que otras Emmas, Clemencias, Bárbara de Gonzagas pudieron allegar. Lo mejor del hombre no se conoce perfectamente, y lo mejor de la historia aún no se ha consignado: reservado á ellas. ¡Ah! ¿Mas qué digo? Por la mujer que yo sentí su influjo elevome á cantar las glorias de otras; apuntando los hombres que siempre son admirados, quiero presentar mujeres que ayudaron y otras que les excedieron; pretendiendo de este modo justificar mi principal y sincera declaración. Y si nada perdió Van-Dick al decir que Sofonista Agnosciola «habíale dado sobre la pintura más luces que las lecciones de su maestro,» yo

afirmando que ella hizo Cantos de Amalia, Esperanzas, y mil obras más, tampoco debo perder un ápice de gloria. Juzgad y haced lo que os plazca.

.....
Hermoso para el hijo señalar á sus padres viéndoles con manchas de crimen ó blasones de nobleza; hermosos los arroyos mirando al cielo, hermosas las fragancias escapadas de pebeteros naturales, buscando las alturas; sublime y conmovedor cuando las muchedumbres levantan á héroos y salvadores; hermoso el ser humano al erguir la cabeza buscando algo extraordinario: el arroyo, los perfumes, las asambleas numerosas y solo el hombre, todos al mirar al cielo es proclamar la causa primera, rendir homenaje reconociendo á la suma sabiduría que encendió solos y movió Oceanos.

Yo acallo mi conciencia al presentaros la mujer alma de mi espíritu, forjadora de mis obras; yo os lo presento porque ha-me dado lugar entre vosotros, y abierto el libro de la historia; ella colocó los escabeles que, con su ayuda subí hasta llegar á la cumbre de la fama; y sobre mi primera y lúgubre vida, aclamaciones y bienandanzas posteriores, y, encima del nombre y láuros presentes, debo proclamar á la que me dijo:

¡Existe Dios! ¡Confía... espera!

Ingrato es quien no bendice á su protector, ingrato quien recibiendo alimento no tiene recuerdos de gratitud al bienhechor; desagradecido quien estenuado, moribundo, casi en los brazos de la muerte, se ve fortalecido, aliviado, gozando nuevamente del don de la existencia y, deja pasar el tiempo sin ensalzar la mano cariñosa que aplicó específicos al dolorido cuerpo, y esperanzas en acongojada alma; negra, muy negra ingratitud fuera quien como yo recibiendo vida de cuerpo y gozos de espíritu, pasase este día sin bendecir el ser de cuyas manos tanto recibí; no quiero serlo, acusarme pueden de otras faltas, de otros delitos, nunca de desagradecido: proclámola desde este lugar el más escogido, bendígola en esta hora la más solemne.

.....
.....
Ya lo sabeis. Si pierdo fama terrenal, alcanzo tranquilidad interior, si los aplausos se tornan en improprios, la admiración en vilipendio, la grandeza en pequeñez... nada importa. Esperaré tranquilo la ola de la maledicencia, veré con noble orgullo á la misma mano que tejió coronas para mi cabeza, disparar dardos á mi corazón; si el mundo me adoró como ídolo, yo me postraré á los pies de todos; manchen mi cuerpo, torturen mis miembros, limpia está mi conciencia, sin angustias mi alma.

¡Ah! señores. Este decir franco, esta manifestación armonizada con la interna voz, si causa fuese, de que vosotros dijérais no era poeta, si aquí en vuestros libros mi nombre no figurase al lado de Virgilio, Dantes y Petrarcas, nada importa. Al morir volaría con soberano y rápido vuelo, modo y forma de partir de la mundanal batalla, propia al poeta, que no es más que ave racional.

Ave, y para correr por el espacio con más prontitud, necesita aligerar el peso, necesita para cambiar y jugar en las regiones del espíritu, desprenderse de cargas molestas que oprimen el pecho y perezoso hacen el vuelo; ya me he desprendido de la carga, limpio hállase el espejo de las humanas acciones, y, ya quitadme la lira, considerad mis escritos como anónimos ó engendro fatídico; crean mis canciones como seres expósitos, pero hoy es cuando puedo volar libremente.—HE DICHO.



1911

Precio: 0'50

Los pedidos al SR. ADMINISTRADOR de **La Union Escolar**, Tablas, 11.

En preparación,

EL LINAJISTA

(NOVELA)